

los reyes y emperadores de la tierra [que se extraviaban], almas piadosas triunfaban en luchas pacíficas y combatían en los campos de la penitencia y santidad, ya en la soledad de los claustros, ya en medio de las agitaciones y tumultos del mundo. La Iglesia es el arca de Noé que da siempre asilo á las palomas fieles, y á la cual no pueden las defecções, apostasías y persecuciones detener en su marcha triunfaute, al través de los tiempos, hasta el puerto de la eternidad.

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE INOCENCIO III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).
1. Accion del pontificado en la edad media. — 2. Eleccion y antecedentes de Inocencio III. — 3. Vida de Inocencio III despues de su exaltacion. — 4. Estado del mundo á su advenimiento. — 5. Inocencio III restaura el poder pontifical en Italia. — 6. El papa da la investidura del reino de Sicilia á la reina Constanza. Negocio de los *Cuatro capitulos*. Inocencio III es nombrado tutor del jóven Federico. — 7. Felipe Augusto repudia á la reina Ingelberga. — 8. Excomunion de Felipe Augusto en el concilio de Dijon. — 9. Felipe Augusto se somete y vuelve á tomar á la reina Ingelberga. — 10. Asunto de la sucesion de Enrique VI al trono de Alemania. Güelfos y Gibelinos. — 11. Othon, duque de Aquitania, es elegido y coronado emperador. — 12. Othon, infiel á su juramento para con la Santa Sede, es depuesto por Inocencio III y reemplazado por Federico II, rey de Sicilia. — 13. El papa avoca á su tribunal la contienda entre Felipe Augusto y Juan Sin-Tierra. — 14. Juan Sin-Tierra es excomulgado por Inocencio III. Sumision del rey de Inglaterra. Batalla de Bouvines. — 15. Cuarta cruzada. — 16. Toma de Constantinopla por los cruzados. Fundacion de un imperio latino en Oriente. — 17. Victorias de los cristianos en España. — 18. Cruzada contra los Albigenses. Simon de Montfort. — 19. Santo Domingo. — 20. San Francisco de Asis. — 21. Duodécimo concilio general, cuarto de Letran. — 22. Muerte de Inocencio III.

§ I. PONTIFICADO DE INOCENCIO III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).

1. La historia de la Iglesia es la historia de la civilizacion moderna: la grandeza de la una es paralela á los progresos de la otra. El pontificado de Gregorio VII ha justificado esta asercion; el de Inocencio III lo demostrará brillantemente: sus dos siglos y sus dos nombres forman los puntos culminantes de la edad media. En ninguna época ha reinado mas visiblemente sobre el mundo el pontificado. Los intereses tan varios de la política europea, las pretensiones de los reyes rivales, las elecciones imperiales, las esperanzas de los partidos, los votos de las poblaciones enteras, todo, todo convergia entonces hácia el soberano pontífice como hácia el centro de toda autoridad, como árbitro supremo de todas las lides, como distribuidor de coronas y conciliador universal. A vista de este inmenso im-

perio ejercido por los papas, los escritores se han dividido en juicio y en opinion. Unos solo han visto en san Gregorio VII é Inocencio III caracteres ambiciosos que se aprovechaban de la credulidad de su época para avasallar el mundo y ponerlo á los piés de la Silla apostólica. En su sistema, la Iglesia, durante todo el período de la edad media, se ha extraviado de su verdadero camino, en lo temporal; la política de los papas ha sido un error prolongado, y fuera necesario rayar de su historia las páginas en que se hallan inscritos tantos nombres gloriosos. Admitiendo en efecto con Fleury y otros historiadores de su partido que los pontífices de los siglos XII y XIII no fueron guiados sino por ideas erróneas de ambicion personal, extrañas enteramente al verdadero espíritu de su mision divina, Gregorio VII, Alejandro III é Inocencio III no habrian sido sino ilustres usurpadores, que se valieron de su augusto carácter como de un manto para cubrir sus usurpaciones é injustas agresiones contra el poder temporal. — Pero bajo la influencia de estudios mas serios é imparciales, se ha producido en nuestros dias otra manera de juzgar los hechos. Y hasta los mismos protestantes (1) han sido y son los primeros en oponerse á las preocupaciones hostiles del último siglo. Dicen estos, y nosotros somos enteramente de su parecer, que los papas de que se trata, al distribuir ó quitar coronas, no obraban sino en virtud de un poder superior de que les habian revestido el derecho y la opinion pública de la edad media. No iban en busca de la influencia, sino que esta iba á ellos por sí misma. Los pueblos, los reyes, los emperadores invocaban su juicio árbitro, se sometian á sus decisiones, aceptaban sus sentencias como sentencias de la mas elevada autoridad, como expresion de la voluntad del mismo Dios, de quien eran representantes en la tierra. En este sistema, la Iglesia no ha atravesado tres siglos de error; no se ha desviado de la santidad de su institucion, no ha sido abandonada un solo instante por el espíritu de Cristo,

(1) Voigt, *Historia del Pontificado de san Gregorio VII*. Hurter, *Historia del Pontificado de Inocencio III*. L. Ranke, *Historia del Pontificado*.

que le tiene dicho: « Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. »

2. A la muerte de Celestino III quedó elegido papa el diácono Lotario, de edad de treinta y siete años, de la ilustre familia de Conti; y tomó el nombre de Inocencio III. Este era el hombre á quien Dios llamaba al gobierno de su Iglesia. Estaba dotado de todas las cualidades que forman los caracteres grandes: genio vasto y profundo, prudencia consumada, extraordinaria destreza, alta y segura penetracion, experiencia precoz, perseverante energía, junto con una suavidad inalterable. Los primeros años de Inocencio fueron consagrados al estudio. La Universidad de París, « esta fuente de toda ciencia, dicen » los cronistas contemporáneos, que rivalizaba con las mas célebres escuelas de Grecia y Egipto, » habia visto sobresalir el jóven Lotario por su aplicacion en medio de *aquel pueblo de estudiantes que hacian como una ciudad dentro de otra*. Los célebres catedráticos Pedro Cantor, Melchor de Pisa, Pedro de Corbeil y Pedro Comestor le habian contado entre sus mas aventajados discípulos. Al dejar la capital de Francia se fué á Bolonia, cuya escuela de derecho era entonces la mas floreciente del universo. La Providencia le iba conduciendo así por las sendas de la ciencia á la cumbre de las grandezas. Clemente III le nombró cardenal. Austero en sus costumbres, sencillo en su porte, pobre en el seno de las riquezas, Lotario se mostró censor riguroso del lujo y deleites. Compuso entonces su libro: *Sobre las Miserias de la vida ó del Menosprecio del mundo*. Elegido papa, se echó á los piés de los cardenales, suplicándoles no le pusieran un peso tan terrible. « La » grandeza de esta augusta dignidad, decia él, tiene que verse » comprometida por un jóven débil y sin experiencia. » Y precisamente lo que, en 8 de enero de 1198, determinó la eleccion en su persona por los cardenales, era una juventud nutrida con fuertes y serios estudios, elevada por la meditacion celeste, santificada con la práctica de sólidas virtudes, una juventud, en fin, superior á su edad por una prudencia consumada y una madurez digna de anciano venerable.

3. Promovido á su pesar al trono de san Pedro, Inocencio III no pensó sino en llevar animosamente la carga, consagrando enteramente su vida al servicio de la Iglesia. « Hay » tantos hombres, decia, que á duras penas pueden servir á » un solo dueño; ¿ cómo pues uno solo podrá servir á tantos » otros? y sin embargo, yo soy el siervo de los siervos, deudor á todos los prudentes, á todos los imprudentes! » Infatigable en su actividad, daba abasto á las mas diversas y multiplicadas ocupaciones. Cada dia por la mañana, tenia consistorio con los cardenales y monjes mas distinguidos, de que habia formado su consejo: dedicaba la mayor atencion á todas las cuestiones pendientes, examinándolas con la exactitud mas minuciosa, exigiendo informes, pruebas, testimonios, documentos, detalles de todo. Su penetracion le hacia prever, por una especie de intuicion sobrenatural, la salida de los negocios mas intrincados: una memoria segura, un profundo conocimiento de la historia, venian en socorro á su inmenso talento y juicio exquisito. Por la noche recibia á cuantos tenian que presentarle memoriales; acogia á los extranjeros, embajadores de reyes, escuchaba por sí mismo sus quejas, examinaba sus agravios, y hacia justicia á todos. Sus decisiones, caracterizadas con la mayor imparcialidad, eran resueltas despues de un exámen maduro; y una vez dadas eran irrevocables. « Su amor por la justicia, dice Hurter, era una resolucion es- » maltada, por decirlo así, en toda su vida. » En medio de las importantes ocupaciones que absorbian todos sus momentos, aun hallaba su piedad modo y tiempo de componer obras que se creirian hechas en el retiro y silencio del claustro. Tenemos de él ún libro lleno de tiernísimos afectos y elevaciones sagradas, intitulado: *Innocentii III de sacro altaris mysterio, libri VI*. La liturgia eclesiástica le debe el sublime canto de dolor: *Stabat Mater dolorosa*, y el piadoso himno *Veni Creator Spiritus*.

4. El aspecto del mundo al advenimiento de Inocencio III presentaba vasto teatro á su celo apostólico. En Roma, la poblacion, entontecida sin cesar con los recuerdos de sus héroes

clásicos, no comprendia aun el admirable destino de la Providencia en la Roma de los papas. La Sicilia estaba ensangrentada por una revolucion política; su dinastía normanda se reducía á una reina, viuda y cautiva, con un hijo rey privado de la vista: su dinastía alemana estaba tambien representada por una reina viuda y un rey de cinco años. En la Lombardia, las repúblicas libres de un lado, y de otro los Alemanes, se disputaban con las armas un poder efímero: anarquía por todo; órden en parte ninguna. En Alemania, el cetro imperial caido de manos de Enrique VI, disputado por tres rivales: Felipe, duque de Suabia, Othon, duque de Aquitania, y el rey de Sicilia, Federico II, hijo del último emperador. En Francia, Felipe Augusto, encenagado en una pasion criminal, olvidaba su gloria, y daba al mundo el escándalo de una union incestuosa. En Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon iba á morir muy pronto de una flecha lanzada por un ballestero desconocido en el sitio de Chalus, dejando su reino á Juan Sin-Tierra, su hermano, que ni fué soldado, ni rey, ni hombre honrado. En España, la sangrienta victoria de Alarcos, ganada por el emir Almanzor contra Alonso IX de Castilla, en 1195, habia dejado á los Moros dueños absolutos de todas las provincias meridionales. Los reyes cristianos de este país, entregados á las mas vergonzosas pasiones, ultrajaban la santidad del matrimonio y revolvian contra sí propios en discordias intestinas una espada que solo debieran emplear contra el enemigo comun, el Sarraceno. En Oriente, se discutia la suerte del mundo entre luchas sangrientas, entre la civilizacion cristiana y la barbarie musulmana. En el Occidente, una secta mas funesta que el mahometismo, la herejía de los Albigenses, bajo un color cristiano, trabajaba nada menos que por la ruina de toda religion, de toda moral, de toda sociedad. Tales eran los inmensos trabajos que reclamaban á la vez el celo del nuevo papa; pero á todo hará frente Inocencio III.

5. Al siguiente dia de su consagracion mandó distribuir á los habitantes de Roma, en señal de inauguracion, cerca de cuatrocientos mil escudos. Esta longanimidad pontifical hizo

popular su poder, y se aprovechó de ello para destruir los restos de las instituciones revolucionarias establecidas por Arnaldo de Brescia. Semejantes á todo pueblo decaído de la cumbre de la gloria, los Romanos creían estar todavía en el mas alto periodo de su grandeza con solo pronunciar los nombres de sus antiguos héroes, con solo ver renovar las formas sociales antiguas, con solo coronarse de laureles marchitos ya por el trascurso de tantos siglos. Inocencio III respetó esta preocupacion en lo que tenia de legítimo, y supo conciliarla con la autoridad de la Santa Sede. Nombró un senador, encargado de representar los intereses del pueblo romano, y le hizo prestar juramento de proteger las posesiones de la Iglesia romana; de no emprender nada, ni por via de consejo ni por accion, contra la vida de los papas; de ayudarle en su administracion; de vigilar en fin en toda la extension de su territorio á la seguridad personal de los cardenales. El prefecto de Roma prestó igual juramento. Asoló á la Italia entera, en 1202, un hambre horrible: y los Romanos palparon con sus manos que si el carácter de Inocencio III era el de un soberano, su corazon era el de un padre. Durante seis meses el caritativo pontífice hizo distribuir cada dia su subsistencia á ocho mil indigentes: el amor del pueblo correspondió á tantos beneficios, á tanta caridad; y fué constantemente fiel á un soberano tan generoso y compasivo. Mientras que Inocencio III distribuía con mano tan liberal los tesoros de la Iglesia, obraba con la mayor energía contra los despojadores de los dominios de la Santa Sede. Enrique VI en los últimos años de su reinado habia usurpado la Marca de Ancona y la Romaña, dándolas en feudo á su senescal Markwald. Inocencio envió dos cardenales para intimar á este último devolviese estas provincias á la Iglesia romana. Markwald se negó á ello y fué excomulgado. Las poblaciones, cansadas del yugo aleman, ansiaban por pertenecer á un soberano pontífice tan amado de sus súbditos. Se rebelaron contra Markwald, le echaron con las armas en la mano de su territorio, y fueron á poner á los piés del papa las llaves de sus ciudades. Igual ejemplo siguió el exarcado de Ravena.

El ducado de Espoleto, el condado de Asis, y la Toscana, legada en gran parte hacia mas de un siglo por la condesa Matilde á la Santa Sede, y que habian retenido injustamente en su poder los emperadores hasta este tiempo, expulsaron igualmente á sus gobernadores alemanes, y se reunieron en una confederacion, de la cual fué declarado jefe y protector el papa. Y así en el primer año de su gobierno Inocencio III habia reconquistado Ancona, Fermo, Osimo, Fano, Sinigaglia, Espoleto, Rieti, Asis, Foligno, Nocera, Todi, Perugia, Sabina y el condado de Benevento. Comparando la extension del dominio temporal de sus antecesores con lo que acababa de añadir, podia » decir con razon: « Que no debia sus bienes al poder del arco » ni de la espada, sino á la providencia maravillosa del que » todo lo gobierna. »

6. Mas vasto teatro se ofrecia en la Italia meridional al genio libertador de Inocencio III. La reina de Sicilia, Constanza, viuda del emperador Enrique VI, tenia que luchar contra facciones poderosas. Entendió muy bien que para consolidar la autoridad del jóven rey, su hijo, debia de buscar apoyo estrechando sus relaciones con la Santa Sede, reconocida desde largo tiempo como soberana del reino de Sicilia. Suplicó pues al papa confirmase al jóven Federico II en la posesion de sus Estados y le confriese la solemne investidura de ellos. Antes de proceder al reconocimiento oficial y público de la dinastía alemana en el trono de Sicilia, Inocencio III se acordó de los restos desventurados de la dinastía proscrita. Negoció para alcanzar la libertad de la desgraciada reina Sibila, de Guillermo su hijo, y de dos princesas sus hijas. La obtuvo, y la Europa vió una prueba mas de que la Santa Sede es la protectora natural de la viuda y del huérfano. Se ventiló despues otra cuestion preliminar entre el papa y la reina Constanza. Adriano IV habia concedido al rey Guillermo I privilegios eclesiásticos muy extensos para todas las provincias sicilianas. Se llamaron aquellos los *Cuatro capítulos*, y miraban á las legaciones, nombramientos eclesiásticos, apelaciones á la Santa Sede y á los concilios. Inocencio creia de su deber librar á la Iglesia de

toda influencia secular opuesta á su disciplina. Por otra parte juzgaba que, extinguida la antigua dinastía de los reyes de Sicilia, el soberano no debia mantener ya privilegios personales y favores incompatibles con los deberes de su alta dignidad. La reina Constanza accedió á los deseos del papa; fueron anulados los *Cuatro capítulos*, y dada por el pontífice la bula de investidura en 1198. Constanza no sobrevivió á esta negociacion. Con el celo que caracteriza el corazon de madre habia hecho heróicos esfuerzos para garantizar á Federico II, su hijo, la posesion tranquila del reino de Sicilia. Al morir, preocupada del porvenir de un niño rey que dejaba sin apoyo entre enemigos de todo género y en un trono aun no bien consolidado, echó sus miradas á Inocencio III, y le hizo entrega de lo que mas amaba en el mundo, nombrándole único tutor de Federico II y del reino de Sicilia, en 27 de noviembre de 1198. Al aceptar el papa este legado de maternal ternura, escribió al jóven rey: « Enjuga tus lágrimas: el Señor te ha » dado un padre espiritual en lugar del padre temporal que has » perdido. Tu madre de gloriosa memoria, la emperatriz Constanza, ha querido que la reemplace otra madre que jamás » olvida á sus hijos, la inmortal Iglesia de Roma. Quiero » amarte, protegerte y defenderte con maternal solicitud para » honor y dignidad de la potencia real, para seguridad de tu » reino y felicidad de tus fieles vasallos. » Inocencio, sin pérdida de tiempo, fijó toda su atencion en los negocios de Sicilia, y desplegó su actividad y poderosos recursos de autoridad apostólica contra las facciones que sin cesar pululaban en aquel desgraciado pais. Esta vigilancia tutelar duró desde 1199 á 1208, época de la mayoría de Federico II. Entonces entregó al príncipe el reino en situacion próspera y floreciente. Habian cesado los cuidados de la tutela, é Inocencio III añadirá nuevos y mas señalados beneficios al jóven Federico.

7. Habia muerto Celestino III sin haber resuelto una de las mas graves cuestiones de su tiempo: el divorcio de Felipe Augusto con Ingelberga. El rey de Francia casó en primeras nupcias con Isabel de Henaut, hija del conde Balduino IV, y

perdió á esta princesa en la flor de la edad. A su regreso de la Palestina pensó en contraer una alianza harto fuerte para luchar contra el poder de Ricardo Corazon de Leon, su rival. Se fijó en Ingelberga, hija de Vlademaro, rey de Dinamarca, esperando lograr contra la Inglaterra una diversion de guerra por parte de los Dinamarqueses. Apenas realizada esta union, Felipe Augusto sintió para con Ingelberga, princesa de las mayores cualidades y virtudes, una aversion insuperable. Bajo el pretexto falso de parentesco, hizo anular este matrimonio por el arzobispo de Reims, su tio, en un concilio de obispos complacientes, celebrado en Compiègne. La desgraciada reina, citada ante este tribunal, nada pudo responder, no sabiendo la lengua de sus jueces. Cuando se le notificó la sentencia, un intérprete se la tradujo; é inmediatamente exclamó llorando: « Roma! Roma! » Era el grito de la inocencia oprimida que apelaba al tribunal supremo, al defensor de todos los derechos. Se negó á volverse á Dinamarca. Felipe Augusto, olvidándose de todos sus deberes de caballero y rey, la mandó encerrar en el convento de Beaurepaire, y se casó en 1196 con Inés de Merania, con quien estaba ciegamente apasionado. El negocio fué deferido á la Santa Sede, cuando murió Celestino III.

8. Inocencio III, su sucesor, no sabia transigir con el deber: y la represion fué tan enérgica como flagrante el delito. Pedro de Capua fué enviado legado á Francia en 1198. Tenia órden, si Felipe no volvía á entrar inmediatamente en la linea de su deber, de poner entredicho sobre todo el reino. No pudieron vencer la obstinacion del rey ni las representaciones y amenazas del legado, ni los consejos del clero, ni las súplicas de sus verdaderos amigos. Al contrario, presentó á Inés de Merania al ejército, le puso la corona en la cabeza, y mandó jurar á sus barones y caballeros de derramar por ella hasta la última gota de sangre. Conforme á la órden formal del papa, Pedro de Capua convocó para 1199, en Dijon, un concilio de todos los obispos de Francia. Felipe Augusto se negó á comparecer; solo envió dos delegados encargados, para ganar